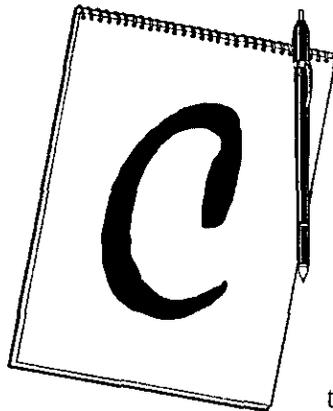


Periodismo e imaginarios: nuevas pistas para desentrañar la construcción cultural

JAIME ANDRÉS PERALTA*



ada sociedad, para serlo, tiene sistemas de valores, creencias y nociones de toda índole que son medianamente afines para todos sus miembros. Crean un sentido de pertenencia a un tiempo y a cierta comunidad. Su poder de convocación es tan fuerte que alrededor de estos supuestos compartidos se define una parte considerable de las relaciones de los hombres, así como sus comportamientos y actitudes.

A través de estos «universos culturales de referencia», como los denominó Francois Xavier Guerra¹, se van generando algunas solidaridades, ciertas cohesiones y acuerdos, determinadas formas de sociabilidad y actuaciones en pos de metas comunes. Y conforme se va ahondando en este sutil universo de interacciones, van quedando cada vez más lejos los antiguos dogmatismos que explicaban lo colectivo con base exclusiva en los substratos puestos en circulación por las élites y en las relaciones socioeconómicas resultantes.

* Comunicador Social-periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Candidato a la maestría de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinador de investigaciones especiales SWISSAID-Revista Esteros. Profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia Bolivariana y del área de periodismo en la Universidad de Antioquia. E.Mail: jaiper@quimbaya.udea.edu.co

¹ Cfr. GUERRA, Francois Xavier. *Lugares, formas y ritmos de la política moderna*. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, Tomo LXXII, No.285, enero-mayo 1989.

A medida que se están revalorizando y estudiando estos nuevos campos de lo social, va apareciendo, sin embargo, otro cosmos de significaciones que se debe investigar a la par con miras a comprender de una manera más acertada la delicada urdimbre de intercomunicaciones que genera la experiencia colectiva. Se hace referencia a las diferencias específicas de cada una de las diversas matrices que entran en relación cada vez que se propicia el contacto humano y cuando se habla de este espacio nos estamos adentrando en el cenagoso y apasionante terreno de la interculturalidad.

Éste universo también genera procesos de identidad o exclusión y produce mecanismos de adhesión o secesión entre personas y sectores, afines o no a cada trayectoria histórica. Forja otra parte igualmente valiosa de los lentes usados para percibir, imaginar y construir sociedad en el supuesto de que la vida cotidiana de una colectividad no es sólo uniformidad, repetición y universalidad. Al contrario, cada sector —y los hay muchos en esta Colombia de la diversidad— también posee sus contenidos diferenciales y buena parte de su actuación es determinada por estas memorias particulares².

Sin embargo, el científico social se encuentra aquí con un inconveniente difícil de superar: la escasez de material de trabajo para dilucidar de una forma más acertada esta faceta inédita de la construcción cultural. En este nuevo horizonte de labores, que recién se está comenzando a abrir, se hace necesario reconocer que sobre estos puntos apenas sí existen trazas reveladoras. No resulta nada fácil explorar la definición de los «nosotros» y los «otros» y todos aquellos «utilajes mentales» que le dan presencia a lo social. Y entre las pocas fuentes disponibles existe una de gran importancia para explorar los procesos de consenso y disensión: la prensa y la actividad periodística en general.

² Aclaramos de paso que en el presente ensayo no se trabaja con la dimensión netamente individual de la vida social. La miramos desde los procesos de intercambio y comunicación colectiva. En este sentido, lo individual está referido en muchos casos a los condicionantes del todo social o a los impuestos por la vivencia grupal. En otros no y sobre este último punto los psicólogos tendrían más autoridad para hablar. Dejamos, por lo tanto, este vacío para que sea llenado por ellos.

En las sociedades modernas ella puede servir de pauta de entendimiento de una porción significativa de los sentidos que construyen y *re-crean* lo social, y, por consiguiente, se puede erigir como ayuda de primer orden para determinar el devenir histórico de diversas asociaciones humanas. Mas, las relaciones entre el periodismo y las restantes disciplinas del área han estado rodeadas de una serie de malos entendidos que han entorpecido este enriquecedor filón de análisis³.

El rechazo oficial a una fuente habitual

Por este motivo en el presente ensayo abordaremos la nueva interpretación que podría hacer el investigador social del trabajo periodístico y, a su vez, la que podría comenzar a formarse el profesional de las comunicaciones sobre su importante labor. Para entender ambos aspectos, se considera pertinente realizar antes un rápido recuento del marco de relaciones que ha guiado la convivencia entre las Ciencias Sociales y el Periodismo.

Un primer acercamiento nos revela que desde la aparición de la prensa en el siglo XVI⁴, el científico social ha recurrido a ella para tener una idea más precisa de los eventos acontecidos en determinada sociedad y en cierto periodo de su devenir. Es que la prensa refleja algo del día a día de una comunidad, le da cabida a muchos de los hechos que bajo determinadas circunstancias se gestaron y repercutieron en parte del cuerpo social.

La aproximación a la fuente periodística le ha permitido al experto cualificar su labor de indagación, en especial en la parte concerniente a la recolección de información sobre

³ No sobra decir que si bien se hace énfasis en las dinámicas de la prensa escrita, muchos de los conceptos aquí expresados tienen también validez para los restantes medios de comunicación.

⁴ Se entiende como tal la relación periódica de acontecimientos que afectan a una comunidad, impresa por lo general, con contenidos codificados —la noticia y sus géneros— y que circulan y se distribuyen entre auditorios relativamente extensos. En sentido estricto, el primer semanario consolidado fue el *Aviso-Relation der Zeitung*, de Stuttgart, Alemania, que comenzó a editarse en 1609.

temas generales. Después de todo, como lo advertía G. Weill, «todas las grandes innovaciones políticas, intelectuales, económicas y técnicas han ejercido su acción sobre la prensa periódica»⁵.

Pero esta aproximación no ha sido tarea fácil. En ciertos círculos intelectuales se pretende ocultar no sólo la reiterada utilización del material de prensa, sino su validez conceptual descalificándolo públicamente por la escasa cientificidad en las metodologías empleadas, por la caótica escogencia de los tópicos reseñados y debido al tratamiento epidérmico dado a los mismos por parte de los comunicadores.

Según Weill,

«se ha creído durante mucho tiempo que los periódicos no ofrecen materia para un estudio histórico. Estas efímeras publicaciones, destinadas a desaparecer después de una rápida lectura, sólo inspiraban desdén a los hombres de letras y a los sabios que hubieran podido ocuparse de ellas»⁶.

Hoy las cosas están cambiando, pero subsisten aún muchas distancias. Y se han venido ampliando conforme se ha acentuado en varias ciencias una ruptura interna con el llamado «recuento de acontecimientos», y aún con algunas modalidades del estudio de caso. En la acertada distancia que tomaron las Ciencias Sociales con el relato tradicional de las pasiones y actuaciones de los «grandes hombres», de los «grandes hitos» que marcan la historia de los pueblos —centrado tan sólo en la colección de datos, dejando de lado el análisis e interpretación, toda ubicación contextual, otras voces y las miradas de larga duración—, la prensa fue tomada en forma errónea como la portadora de aquello que el científico social debía rechazar.

«...El tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia; (es) el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. Ahora bien, téngase en cuenta que la crónica o

el periódico ofrecen, junto con los grandes acontecimientos llamados históricos, los mediocres accidentes de la vida ordinaria: un incendio, una catástrofe ferroviaria, el precio del trigo, un crimen, una representación teatral, una inundación... La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones»,

...prevenía con angustia Fernand Braudel⁷.

De todas maneras, se ha seguido acudiendo al periodismo, así sea de forma vergonzante. María Dolores Sáiz, aceptando lo polémico del tema, afirma:

«Hasta época muy reciente la prensa era considerada como un material de escaso valor científico para el científico social, y pocos investigadores consideraban a los periódicos como fuente importante —y a veces única— para la reconstrucción de los acontecimientos sociales. Existía una clara tradición de rechazo hacia un medio al que se tachaba de oportunista, manipulable, falto de rigor y de valor exclusivamente coyuntural»⁸.

Un cambio de actitud

No obstante lo anterior, desde la década de los cincuenta la prensa ha venido inquietando a nuevas generaciones de académicos de una manera diferente. La corriente más acentuada en ese sentido consistió en mirarla como una fuente secundaria de creciente utilidad, toda vez que si bien era cierto que sus contenidos eran fugaces, al menos en sus páginas quedaba alguna huella del paso del tiempo sobre las sociedades humanas.

Eso no se podía ignorar olímpicamente. Incluso los más osados intuyeron que por más «elemental» que fuera la información periodística, ésta contenía algo de lo que

⁵ WEILL, G. Weill. *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. México: UTHEA, 1979. p.12.

⁶ *Ibid.* p.29.

⁷ BRAUDEL, Fernand. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 65-66.

⁸ SÁIZ, María Dolores. *Historia del periodismo en España. Los orígenes. El siglo XVIII*. Madrid: Alianza Universidad-Textos, 1990. Vol. 1, p.12.

adolecía el trabajo «serio» del científico social: la posibilidad de capturar a la sociedad desde algunos de sus componentes más simples que facilitarían —en asocio con otros vestigios— una reconstrucción de los hechos colectivos de abajo hacia arriba, de lo micro a lo macro.

En los periódicos y demás medios era factible, si se miraba con atención, captar su agitación a «escala humana», con sus contradicciones y aciertos, en su subterránea fluidez, en su pasmosa variedad.

•Para el establecimiento de la verdad histórica, cada periódico aporta su propio material. Se trata de elementos fragmentarios, disociados, necesariamente simplificados, raramente objetivos, de una realidad siempre compleja. Aunque se puede cuestionar como fuente única, es una fuente complementaria de primer orden. El material que contiene posee un valor en el marco en el que esta documentación se sitúa: su significado no es completo si no va acompañado por un análisis del contexto en el que intervienen otros elementos: su origen, su situación, su presentación, así como los objetivos políticos y económicos del periódico.⁹

Comenzó, entonces, a tenerse al periodismo como una entidad viva que podía ser de gran ayuda, ya que suministraba infinidad de datos inéditos. Muy pronto esta vía reveló insospechadas posibilidades y se iniciaron a partir de allí nuevas utilidades del material de prensa. Más allá del simple respaldo de datos contenidos en las noticias para toda clase de temáticas (científicas, artísticas, económicas o políticas), la información periodística comenzó a ser valorada para la indagación de fenómenos sociales¹⁰.

Se ahondó al respecto —en especial por las escuelas empiristas y estructuralistas— y algunos de los campos que comenzaron a florecer fueron la detección de corrientes

de opinión pública y de los temas capaces de generarla. También comenzó a ser estudiada la actividad de ciertos grupos sociales —de presión económica, partidos políticos, algunas asociaciones contestatarias o reivindicativas, por ejemplo— que veían en las páginas de los diarios una oportunidad para hacer circular sus intereses particulares.

Y en la medida en que se fue haciendo conciencia de que a través de los medios fluía algo más que simples datos inconexos, la prensa misma pasó a ser un objeto de estudio particular. Los sectores marxistas fueron los que más avanzaron en este otro camino y fue así como comenzaron a aparecer monografías sobre la estructura de propiedad de los medios, sobre su dependencia hacia los grandes centros transnacionales de noticias y focos de concentración del capital, sobre la injerencia de ambos en el control de ciertos temas, en el manejo sesgado de puntos conflictivos de las realidades nacionales y aspectos similares.

Muy pronto se develó el componente «ideológico» de las empresas periodísticas, representado en las estrategias de difusión de mensajes, en la manipulación de las conciencias que se hacía por su intermedio y en el adoctrinamiento subyacente con miras a legitimar las desigualdades sociales vigentes. Se abrieron de esta manera nuevas perspectivas para el trabajo académico a partir de la labor periodística, sin embargo, el gran horizonte que se estaba abriendo cayó muy pronto en un mecanicismo del que aún hoy se tienen que soportar sus pesados remanentes.

Peligros de una mirada dogmática de los medios

Gran parte de esta situación se debió —y aún se debe— a que, a pesar de los logros obtenidos, se continuó con una concepción muy utilitaria del trabajo periodístico. La aparente contundencia de las conclusiones a las cuales se había llegado se presentaron tan obvias que nadie las discutía hasta hace menos de una década atrás. No había porqué; después de todo la actividad de los medios de comunicación se restringía tan sólo a «aceitar» circuitos de comunicación que conectaban unidireccionalmente al polo superior con el inferior de la escala social.

⁹ KAYSER, J. L' *Historien et la presse*. Citado por Sáiz, María Dolores. Op.Cit., p. 14.

¹⁰ En Colombia los trabajos de Renán Silva han venido a revalorar la utilidad del estudio de prensa para descubrir visiones inéditas de la vida social. Su texto *Prensa y Revolución a finales del siglo XVIII* es de obligada consulta al respecto. Resulta dicente que apenas haya sido publicado en 1988.

Servían al todo social —y a las Ciencias Sociales como fuente— en la medida en que producían determinados «efectos» en las masas con una eficacia tan poderosa que garantizaban óptimos resultados, es decir, transmisión y asimilación inmediata de contenidos —ideológicos la mayor parte— con la menor interferencia o «ruido» posible. A este lamentable reduccionismo contribuyó la escasa reflexión que el propio periodismo hizo sobre el papel que jugaba en las sociedades modernas.

Como fuera, a partir de esta débil base de sustentación, se infirió automáticamente que los medios eran «buenos» o «malos» para una sociedad según el sector que los controlara: las élites ilustradas o el proletariado revolucionario, ángeles o demonios, según la perspectiva de derecha o de izquierda que se utilizara. Y de esta manera se limitó la evaluación del fenómeno comunicativo de la prensa a un simple esquema de emisor, mensaje y receptor.

El emisor fue presentado como un polo aislado, por fuera del entramado social que en forma autárquica y por delegación cuasi divina tenía la capacidad de determinar aquello que debía ser «consumido» por las grandes mayorías. Así, asociado a la voz de las élites —pues ellas eran las únicas que tenían algo que decir de acuerdo a sus intenciones políticas y económicas— el periodismo se convirtió en una ficha más del complejo juego de ajedrez del poder institucional.

El periodismo servía entonces para reproducir un sistema o, en su defecto, para cambiarlo una vez la vanguardia intelectual de las masas proletarias lo conquistara de manos de las oligarquías. Medios y poder no se distinguían uno del otro. El único que lo hacía, ¡y de qué forma!, era el pobre receptor. Fue intuido como una instancia pasiva, vacía de todo contenido y de toda capacidad crítica. Desprovisto de cualquier arma para interpretar y sentir al mundo que lo rodeaba, tenía como papel fundamental el recibir, acatar y el copiar todo aquello que los medios le indicaban.

Pobre esquema de conceptualización de la labor periodística que partía de al menos cuatro presupuestos igualmente

simplicistas. a. una visión «teológica» del poder que lo pensaba como una entidad omnipoderosa y omnipresente, propiedad siempre y en todo momento de los agentes de la dominación. b. su ejercicio era siempre vertical, «full time», impuesto desde un foco único de soberanía, de arriba a bajo de la pirámide social. c. el destinatario era perfectamente incapaz de distinguir entre lo «auténtico» y lo manipulado y, d. no se reconocían los intercambios subjetivos, las autonomías relativas, los momentos de producción y de consumo, las fases de negociación y apropiación, la circulación de contenidos entre diversos sectores, en definitiva, la capacidad creadora y crítica de los perceptores.

Esta visión...

«confirmó y agravó los temores apocalípticos: los mensajes que difunden los medios eran estímulos elaborados para afectar consciente y subliminalmente a los receptores pasivos; las modalidades de acción y la estética que ofrecen cada uno de los medios eran calificadas como formas de entretenimiento meramente pasiva y como fantasía placentera proporcionada por las clases dominantes para alienar al gran público»¹¹.

Pero esta mirada, si bien se compadecía con algunos puntos de las relaciones de poder, dejaba muchas cosas por fuera. «La representación ideológica de la realidad —la de los medios incluida— ofrece un modelo del mundo reconocible en el entorno o fácticamente posible; sugiere a los actores comportamientos factibles y aceptados y describe situaciones que suelen ser las más probables... Sin embargo, el usuario de la información opera con ella en función de sus expectativas e intereses, pudiendo elaborar otra representación del acontecer que el medio no puede configurar en el relato»¹².

¹¹ MEDINA CANO, Federico y Marta Inés Montoya. **La Telenovela, el Milagro del Amor**. Colección Mensajes. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1989. p. 30.

¹² MARTÍN SERRANO, Manuel. **La producción de comunicación social**. Colección Cuadernos del CONEICC, México: La institución, 1989. p. 41.

Aparece la dimensión cultural

Poco a poco estos lugares comunes y puntos ciegos obligaron a abrir nuevas miras. Y una de las mayores se abrió cuando todas las Ciencias Sociales, Comunicación Social incluida, convergieron en el terreno de las mentalidades o los imaginarios colectivos buscando una explicación más acorde de la interacción y convivencia humanas.

Había que encontrar otras salidas más allá de las condiciones materiales de existencia para explicar los conglomerados humanos y las institucionalidades políticas formales que se derivaban de ella. No se trataba de olvidarlas, sino de explorar con más tino y detenimiento aquella «relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aún en que la viven»¹³.

A partir de allí cada disciplina comenzó a internarse en los nada seguros y definibles caminos de los fenómenos mentales y del intercambio que los actores históricos hacen de producciones simbólicas. Nació de esta forma la dimensión cultural de la experiencia colectiva, pues antes que nada, como lo expresa Jesús Martín Barbero, la «cultura es el espacio de producción y recreación del sentido de lo social, donde el orden y los desórdenes sociales se vuelven significantes»¹⁴.

Es ante todo el principio organizador de la experiencia individual y grupal, con ella ordenamos y fabricamos el presente de acuerdo al sitio que ocupamos en las redes de las relaciones sociales. La cultura es entonces, «el conjunto de fenómenos que contribuyen, mediante la representación o reelaboración simbólica de las estructuras materiales, a comprender, reproducir o transformar el sistema social»¹⁵.

La cultura está compuesta, por ende, de aquel sutil mundo de «reflejos elementales» hecho de sueños, actitudes, comportamientos, valores, normas de conducta, formas de pensamiento y demás trazas inmateriales que conforman esta parte trascendental de la vivencia humana¹⁶. Y si lo que se desea ahora es profundizar en su estudio, con miras a reportar avances en la deseada meta de articulación y síntesis de los diferentes «niveles de la realidad social del hombre», como señalaría Baltazar Bennisar, ya va siendo hora de que el periodismo y Ciencias Sociales trabajen más coordinados.

Por delante hay una «descomunal tarea que exige que todas las dimensiones del ser humano sean integradas en la historia de su vivir»¹⁷. Si ya se está dando un diálogo enriquecedor entre Historia, Antropología, Sociología, Psicología y otras ciencias, resulta absurdo que las relaciones con el Periodismo como disciplina derivada y con la Comunicación Social como ciencia concreta, sigan en el estado tan primario que acabamos de reseñar.

Después de todo la prensa trabaja y se desenvuelve precisamente en el espacio de lo cultural, de los mundos imaginarios, en un plano de relación con sus públicos que, antes que por la «manipulación», se expresa —como lo señalaría Amparo Cadavid para el caso de la telenovelas— por una relación «de gusto, de placer y de deseo, y sobre todo, de una comunicación que se da a propósito de una forma de narrar, de una manera de estructurar la realidad que es ávidamente consumida por la mayoría de la población»¹⁸.

¹³ VOVELLE, Michel. *Ideologías y Mentalidades*. Barcelona: Ariel, 1985. p. 19.

¹⁴ MARTÍN BARBERO, Jesús. *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili, 1988. p. 85.

¹⁵ GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Políticas Culturales en América Latina*. Mimeo. p. 33.

¹⁶ FEBVRE, Lucien. *Combates por la Historia*. Barcelona: Ariel, 1992. p. 98.

¹⁷ BENASSAR, Bartolomé. *Historia de las Mentalidades en la Historiografía en Occidente desde 1945, actitudes, tendencias y problemas metodológicos*. En *Actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia*. Universidad de Navarra-Pamplona, 1985. p. 158.

¹⁸ CADAVID, Amparo. *Comunicación e imaginarios en la cultura*. Ponencia presentada al *Seminario Nacional de Investigación de los Medios de Comunicación*. Medellín: Universidad de Antioquia. Abril 27 de 1989. Mimeo. p. 3.

En el mundo moderno la prensa y la actividad de los medios de comunicación es una de las instancias que más trabaja sobre el intercambio de sentidos entre diversos grupos y actores sociales, tanto o más que el propio sistema educativo y religioso. Es la que los hace circular más rápidamente y la que los *in-forma* (les da forma) con nuevos elementos día a día.

Como opina M. Tuñón de Lara, «el periódico puede ser una fuente de información sobre cuestiones nuevas, una fuente para expresar las corrientes de opinión, actitudes políticas; también una fuente que recoge las mentalidades de una época (sobre todo en reportajes, sucesos, humor, anuncios, correspondencia de lectores, etc.)».¹⁹

Rescate de nuevas dimensiones de lo periodístico

Con base en todo lo hasta aquí visto, los medios de comunicación serán productores de conocimiento en la medida en la que crean en forma continua imágenes de la realidad, de lo que es la democracia, la familia, el Estado, el gobierno, los criterios de autoridad, el peso de las tradiciones, las actitudes ante las innovaciones, los conflictos y desigualdades, la violencia o la paz.

Imágenes que no están por fuera de la trayectoria de cada comunidad. Tienen gran presencia en la vida cotidiana de la gente y, por ello, llegan a convertirse en fuentes importantes —no las únicas por supuesto— de reconocimiento de su entorno, de identificación con su presente, con su comunidad local y/o como habitante de una sociedad nacional e inclusive transnacional.

Ello lleva inevitablemente a ubicarlos en contextos más amplios. Lo cultural de la prensa no se lo puede ya entender, como lo hacía el paradigma ilustrado, como aquello que

proviene de las «instituciones» y de las «actividades culturales» como el teatro, la música o la poesía. No, la labor cultural de los medios se debe ubicar en otro terreno; en uno mucho más amplio y vital referido a «un nivel de competencia a través del cual los grupos elaboran sus procesos de identificación, adquieren coherencia interna y se articulan con la sociedad en general».²⁰

De allí su capacidad de dotar de orden y de sentido a las formas de organización y de actividad social, en aquello que las conforma y las transforma. De ello resulta evidente que el periodismo no es un asunto exclusivo de medios y periodistas. Tampoco se lo puede tomar como un proceso mecánico de emisión y recepción, sino un crear y *re-crear* constante de significados que fluye de extremo a extremo de la ordenación social.

Al poner en circulación mundos simbólicos, al elaborar unos y reelaborar otros, al tomar prestado de allí y de allá, contribuyen a dotar de significado la vida de las personas y de las comunidades desde los niveles más íntimos y fundamentales. La nueva percepción de los medios de comunicación se centra en este espacio del encuentro humano.

Se gesta a partir del intercambio, la imposición y la reelaboración de imaginaciones entre los diferentes grupos; se ubica en su disparidad de temporalidades, de usos y apropiaciones y, claro está, en las desigualdades sociales. Ellas no se pueden olvidar, pero no se pueden tomar como lo único que define lo social y estas diferentes situaciones de lectura que propician o condicionan acuerdos tampoco se pueden desligar del campo de lo político, entendido éste ya no sólo como la ordenación de una sociedad con base en sus redes de producción, sino como «el espacio de organización donde se da sentido y se orientan las luchas por la hegemonía, cuyo objetivo es elaborar y decidir continuamente los objetivos de la sociedad».²¹

¹⁹ TUÑÓN de Lara, M. *Metodología de la Historia Social de España*. s/d. p. 243.

²⁰ CADAVID, Amparo. *Op.Cit.*, p. 2.

²¹ MARTÍN BARBERO, Jesús. *Op.Cit.*, p. 226.

¿Cómo actúan los medios?

Un concepto se presenta, entonces, como ineludible: el de la mediación. Las mediaciones, explica Manuel Martín Serrano, son ante todo «los órdenes para aprehender el mundo, los sistemas de reglas e instituciones a través de los cuales lo hacemos, las representaciones del tiempo y del espacio que nos vuelve habitantes de una sociedad de la que nos reconocemos como parte, al igual que los usos y apropiaciones que realizamos de lo social y de lo que esto último realiza en nosotros»²².

Los medios de información colectiva, sean estatales o privados, masivos o «alternativos», son desde esta óptica instituciones mediadoras y comparten este papel con la Iglesia, la escuela, la familia, entre otras, pues, como ellas, establecen afectaciones entre lo que sucede y cambia en el entorno y lo que se transforma en las conciencias de las personas y los grupos.

Lo hacen de la siguiente manera. El periodista observa unos acontecimientos, no todos. Eso sería imposible. Se retienen ciertos datos, se los relaciona de determinada manera, se los interpreta de acuerdo a ciertos criterios —propios, los de la fuente o del medio donde se trabaja— y se los organiza en un relato para difundirlo luego a las audiencias.

Esta elaboración artificiosa es el carácter «público» de la información, nada neutral e imparcial como claramente se ve, como tampoco lo es ninguna otra forma de interpretación. Por su parte, cada uno de los que acceden a estas versiones escogera determinados datos, los relacionará de acuerdo con los obtenidos de otras fuentes de información y con su propia experiencia cotidiana.

Ello desembocará en la construcción de una determinada imagen de lo que acontece (y no tiene por qué coincidir con

la del medio, con la de las élites o con la del periodista). En este sentido, la respuesta no depende de la vía por la que llega la información, sino de la representación que el sujeto elabora con los datos recabados.

No se trata, entonces, que los medios impongan siempre y en todo momento *su* versión de la realidad (como si ésta pudiera ser de todos modos homogénea). Esta labor no tiene efectividad alguna sin el concurso de las audiencias. ¡Sin los dominados, es imposible ejercer dominación! Se desprende de esto que la adhesión a un determinado postulado debe cumplir requisitos como:

- a. Que la historia de los grupos involucrados, hegemónicos y subalternos, al igual que sus marcos generales de valores, normas, conductas, emociones sean compartidos en mayor o menor medida. En dos contextos completamente divergentes resulta bien difícil cualquier proceso de comunicación.
- b. Que las estructuras simbólicas puestas en escena retomen invariablemente algunos aspectos de las mayorías, así sea con estereotipos y homogenizaciones de sus aportes más valiosos, para poder entronizarse como representación válida de un colectivo.
- c. Por su parte, los grupos dominados han de intuirse representados de alguna forma —y de alguna manera lo son— por la simbología oficial de los medios de comunicación. Algo les debe interpretar de sus realidades particulares, de las vividas o de las imaginadas.

Lo social y su configuración

De esta forma se construyen sentidos de lo social. Constantemente se busca redefinir los modelos de interpretar, de amar, de pensar, de relacionarse, de comportarse, en fin, de *ser en comunidad*. Esta labor de resignificación y creación la hacen actores reales, no grupos formados por individuos yuxtapuestos por simples circunstancias económicas. Y lo hacen ya que están estructurados «por vínculos permanentes de un tipo particular, porque poseen sus propias formas

²² MARTÍN SERRANO, Manuel. *La mediación social*. Madrid: Akal, 1977. p. 56.

de autoridad, sus reglas de funcionamiento interno, sus lugares, formas de sociabilidad y comportamientos propios; sus valores, imaginarios, lenguajes y símbolos particulares, es decir, para resumirlos, una cultura específica.²³

Es esta labor de hibridación y mestizaje la que vale socialmente. La prensa es testigo de excepción de este proceso y de allí deriva su utilidad como herramienta de interpretación social. Por lo tanto, y a manera de conclusión, se podría afirmar que por estos motivos es importante para el científico social. En el estudio de los «usos» sociales que se hagan de las informaciones presentadas se comenzará a entender con precisión que la prensa nace de la experiencia colectiva y, como tal, es un producto cultural.

Se trata de uno que no se hace por generación espontánea. Su accionar, sus fines y contenidos no se agotan en sus propias páginas. No existe por sí misma, para sí misma. Sus raíces son mucho más profundas, se basan en la interacción de unos sectores sociales con otros y en sus intercambios simbólicos. Es a la vez fruto de la intolerancia y la complicidad, de la imposición y del autoritarismo, pero también de la negociación y de la mutua seducción. Es reflejo de los encuentros logrados, de los acuerdos a los cuales se ha llegado, pero también de los muchos desencuentros y rupturas que se han presentado en la convivencia diaria de una formación humana histórica, cambiante y particular.

Su devenir es fiel reflejo de la aventura humana que hizo posible determinada sociedad. Por las visiones del ser individual y de la vida comunitaria que ha defendido y propiciado. Por la multiplicidad de voces que ha negado. En virtud de lo que ha contribuido a circular en el escenario social como el modelo de lo válido, de lo digno de imitarse y perpetuarse por las futuras generaciones. Por las corrientes de opinión que ha suscitado. Por el juego de intereses de los que se ha hecho eco. Por las batallas libradas, por las

muchas perdidas. Por lo que ha reseñado y por lo que ha callado —que es otra forma de darle presencia—, por todo ello y mucho más ha poblado la realidad de nuevos sentidos, le ha agregado nuevas dimensiones, ha contribuido a negarle otras muchas, y, por esta causa, se constituye en un elemento de capital importancia para explorar la forma en que se han edificado las diferentes comunidades. Y en la medida en que el científico social se acerque a estos universos de relación, se dará cuenta de que habrá afinado mucho más las lentes que usa para ver y sentir a cada pueblo en su totalidad.

Bibliografía

- BENNASSAR, Bartolomé. *Historia de las Mentalidades en la Historiografía en Occidente desde 1945: actitudes, tendencias y problemas metodológicos*. En **Actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia**. Universidad de Navarra-Pamplona, 1985
- BRAUDEL, Fernand. **La Historia y las Ciencias Sociales**. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- CADAVID, Amparo. *Comunicación e imaginarios en la cultura*. Ponencia presentada en el **I Seminario Nacional de Investigación de los Medios de Comunicación**. Medellín: Universidad de Antioquia. Abril 27 de 1989. Mimeo.
- FEBVRE, Lucien. **Combates por la Historia**. Barcelona: Ariel, 1992
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Políticas Culturales en América Latina**. Mimeo.
- GUERRA, François Xavier. *Lugares, formas y ritmos de la política moderna*. En **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, Tomo LXXII, No. 285, enero-mayo 1989.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. **De los medios a las mediaciones**. México: Gustavo Gili, 1988.
- MARTÍN SERRANO, Manuel. **La mediación social**. Madrid: Akal, 1977.
- MARTÍN SERRANO, Manuel. **La producción de comunicación social**. Colección Cuadernos del CONEICC, México: La institución, 1989.
- MEDINA CANO, Federico y Marta Inés Montoya. **La Telenovela, el Milagro del Amor**. Colección Mensajes. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1989.
- SÁIZ, María Dolores. **Historia del periodismo en España. Los orígenes. El siglo XVIII**. Madrid: Alianza Universidad-Textos, 1990.
- TUÑÓN de Lara, M. **Metodología de la Historia Social de España**. s.d.
- VOVELLE, Michel. **Ideologías y Mentalidades**. Barcelona: Ariel, 1985
- WEILL, G. Weill. **El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica**. México: UTEHA, 1979.

²³ GUERRA, François Xavier. Op.Cit., p. 8.

